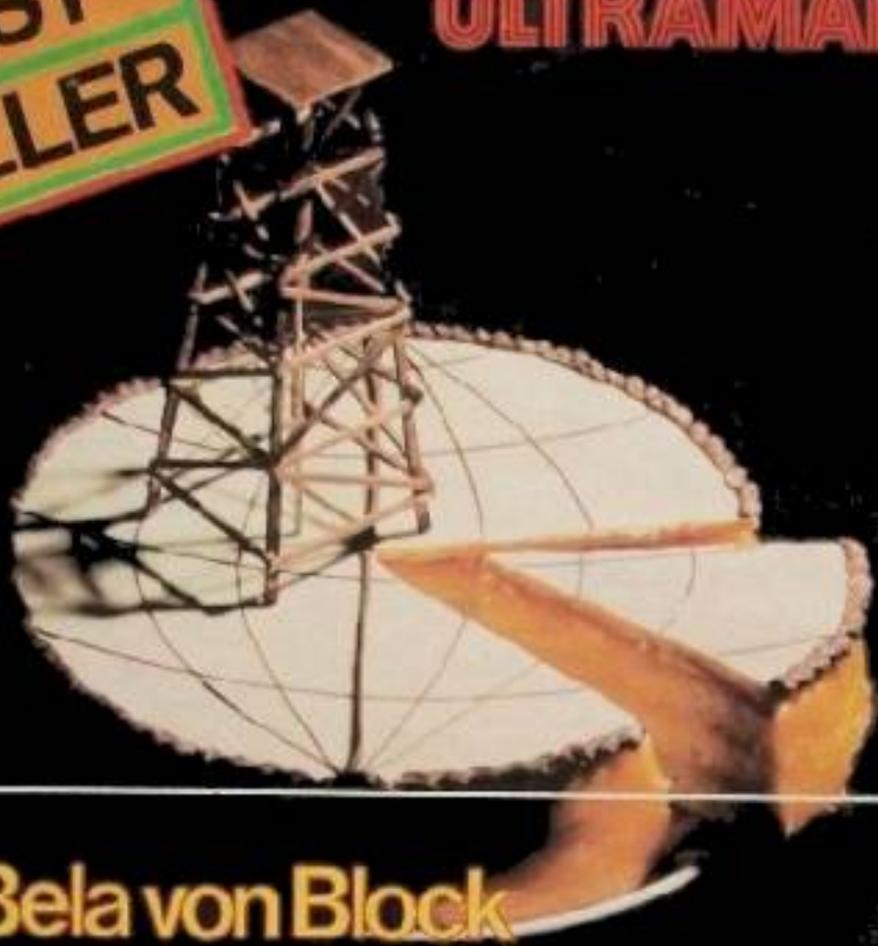


**BEST
SELLER**

ULTRAMAR



Bela von Block
**LOS VIOLADORES
DEL MUNDO**

LOS VIOLADORES DEL MUN- DO

BELA VON BLOCK

PARA SYLVIA

«Ser un levantino es vivir en dos o más mundos al mismo tiempo sin pertenecer realmente a ninguno, ser capaz de pasar por las formalidades exteriores que indican la posesión de cierta nacionalidad, religión y cultura sin poseerlas en realidad.»

Albert Hourani

«El dinero es el mayor cobarde de todo el mundo.»

Youssef Beidas

*Funda-
dor y
presiden-
te del di-
rectorio
del Ban-
co Intra.*

NOTA DEL AUTOR

Toda ficción se basa hasta cierto punto en la experiencia real.

El día doce de junio de mil novecientos sesenta y cuatro se sirvió un elegante almuerzo en el restaurante Foyle de la ciudad de Londres, en honor del hombre más rico del mundo, J. Paul Getty, y para celebrar la publicación de su libro autobiográfico —My Life and Fortunes.

Entre los trescientos invitados se encontraban el Duque y la Duquesa de Bedford, Sir Adrián Boulton, Sir Isaac Wolfson y una imponente lista de altas personalidades. Al hacer uso de la palabra con su característica y afable sinceridad, Paul Getty admitió que yo había colaborado con él en la confección del libro.

Sus observaciones, debidamente transcritas por la prensa —británica— fueron leídas con evidente interés por Youssef Beidas, sobresaliente financista internacional y magnate banquero. Pocos días después recibí la visita de unos enviados de Beidas, portadores de una sorprendente propuesta: éste me pagaría treinta mil dólares por escribir «su autobiografía».

La historia de Youssef Beidas constituye un relato único y apasionante, una leyenda de éxito y moderna de nuestros tiempos. Siendo aún relativamente joven, fundó y dirigió el banco Intra al que convirtió en el término de unos escasos diez años en una colosal entidad financiera internacional. Beidas era considerado un multimillonario, era célebre y respetado, un Very Important Personage (persona muy importante) en los círculos financieros de todo el mundo.

Y fueron esos mismos detalles los que me hicieron sospechar de su oferta.

Hombres famosos, pintorescos y tan fabulosamente exitosos como él, no necesitan pagar a un escritor anónimo para que le escriba su «autobiografía», pues numerosos editores responsables estarían dispuestos a pagar primas

especiales para publicar la historia de sus vidas. Supuse que Beidas estaba ansioso por proyectar una imagen pública de su persona y sus actividades debidamente preparada y elaborada.

¿Pero por qué si su banco era uno de los más grandes del mundo con innumerables sucursales y filiales en casi dos docenas de países?

Era una pregunta intrigante.

Hice averiguaciones discretas sobre la persona de Youssef

Beidas y el Intra Bank. Lo que descubrí me hizo rechazar su oferta, pero estimuló mi curiosidad respecto de la turbia estirpe de los que manejan las fortunas en el mundo y que han emergido en todo el escenario financiero desde el final de la segunda guerra mundial.

La trama de ficción de esta novela se desarrolla basándose en la información que reuní. Mientras escribía este libro me encontré a menudo con que mi imaginación estaba siendo invadida por los titulares de los diarios y hasta por la historia. Por lo tanto, si surgen similitudes con personas o situaciones reales durante el curso de esta narración, son puras coincidencias sobre las que no tengo ninguna responsabilidad.

Bela von Block

Venecia, Italia

LIBRO PRIMERO *UNA SEMANA*

Del veintitrés al veintinueve de abril

Nueva York. Martes veintitrés de abril.

La muchacha levantó la vista hacia él. Había estado tranquila unos momentos antes. Pero ahora su deseo se despertó otra vez.

—Jimmy.

Jemel Karami parado al lado de la cama, no satisfecho aún del todo, pero consciente de la hora, procedía a introducir su cuerpo esbelto y musculoso en un albornoz blanco.

—Jimmy, vuelve aquí.

—Más tarde.

Ella trató de sujetarlo. La reacción de él fue inmediata, se hizo a un lado, librándose de la mano que lo retenía.

—Más tarde.

Tenía que ser más tarde. Miles Langford Palmer, financiero, veterano estadista de la banca norteamericana y consejero económico de varios presidentes, llegaría en media hora.

Las facciones aguileñas de Jemel Karami adquirieron una expresión meditativa y sus anchos hombros se pusieron algo tensos y rígidos mientras se dirigía al baño. La reunión con Miles Palmer, que tendría lugar significativamente en el departamento dúplex de Jimmy situado en el último piso del edificio, en vez de en cualquiera de sus oficinas, era muy importante. Sería decisiva y pondría en marcha un mecanismo asombrosamente complicado y ambicioso.

Estaban en juego sumas de dinero cuya monta pocos podían imaginar. Dinero y mucho más, pensó Karami. Estaba

jugándose todo lo que tenía y mucho más que no tenía. No, se corrigió a sí mismo, jugar no era la palabra correcta. Aun cuando el juego era en gran escala y letal, había eliminado casi todos los riesgos.

Los que aún subsistían eran conocidos, meticulosamente calculados e incluían... a Miles Langford Palmer. Las semanas que tenía por delante requerían nervios de acero y estómagos sanos.

Jemel sabía cómo tratar a Miles Palmer, y podía arreglárselas con los otros riesgos conocidos. A pesar de ello, no se animaba a ser demasiado confiado, complaciente o descuidado. Siempre existen imprevistos. Y para qué hablar de los grupos de chacales.

Jimmy se duchó, se afeitó y regresó al territorio. La muchacha, a la que había conocido durante una comida la noche anterior, dormía hecha un pequeño ovillo en la enorme cama. Una mecha suelta de su fino pelo de color rubio ceniciento caía sobre su cara, velando como una fina gasa su delicioso perfil. En el hueco que formaba su brazo doblado, asomaba su pecho desnudo.

Karami examinó pensativamente esa habitación que le era tan familiar: un artículo en un número reciente de una revista se refería a su dormitorio como «el dormitorio que vale un millón de dólares», subestimando levemente el valor de los muebles y de los magníficos cuadros de impresionistas franceses que colgaban de sus paredes. La sonrisa de Jimmy dejó al descubierto sus blancos dientes al recordar la alegría del editor de la revista al recibir una opción de compra para quinientas acciones de una compañía de Karami a un precio especial.

Jemel «Jimmy» Karami no era precisamente un novato desconocido cuando salió a conquistar el mundo oculto de la banca internacional. Tenía entonces alrededor de veinticinco años y ya era reconocido como un prodigio en el medio empresario. ..

Fue una buena publicidad, reflexionó Jimmy. Buena como para hacer subir de cinco a diez puntos el precio de las acciones de las compañías norteamericanas a las que el artículo se refería elogiosamente titulándolas «los sólidos bloques de oro que forman la pirámide financiera de Karami, estimados en un billón y medio de dólares».

Pero Jemel se recordó a sí mismo, haciendo a un lado su sonrisa, que aún faltaban por completarse las etapas más delicadas y difíciles para la construcción de la pirámide. Si erraba, los resultados serían desastrosos. Todo se perdería.

Se vistió rápidamente con un pantalón, una camisa de sport con cuello abierto y unos mocasines y salió del dormitorio sin hacer ruido. En el pasillo se encontró con Dowling, su criado.

—Venía a avisarle que ha llegado el señor Palmer, señor. Está en el piso de abajo en la biblioteca.

La amplia biblioteca miraba hacia Central Park. El día era diáfano y la luz de un sol de fines de abril entraba por los grandes ventanales de vidrio laminado. Los muebles de colores pálidos reflejaban un gusto impecable y lujoso. Los estantes que iban desde el piso hasta el techo estaban repletos de libros con finas encuadernaciones de cuero. Miles Palmer estaba parado frente a una de las ventanas mirando hacia la Quinta Avenida, treinta y ocho pisos más abajo.

—Hola, Miles.

Palmer se volvió, moviéndose pesadamente al reconocer la profunda voz de barítono de Karami. Era un hombre bajo, corpulento, próximo a los sesenta años, de pelo canoso algo ralo, para el que la vestimenta supertradicional y la conciencia de su propia importancia eran partes obligatorias de un uniforme impuesto por él mismo.

—Buenos días, Jemel. —Karami era casi veinte años menor que él, se conocían muy bien y desde hacía mucho tiempo, pero Palmer despreciaba los sobrenombres.

Estrecharon sus manos.

—¿Le gustaría tomar café, Miles, o alguna otra cosa?

Dowling, que había entrado silenciosamente, depositó sobre una mesa baja una bandeja con tazas, un azucarero, una cafetera y una jarrita con crema. Desapareció, igualmente silencioso, cerrando las puertas de la biblioteca detrás de sí.

—No, gracias —respondió Palmer.

—¿Le importa si yo tomo uno?

Miles Palmer dijo que no le importaba en absoluto. Los dos hombres se sentaron en confortables sillones situados frente a frente, próximos a la mesa.

—¿Y entonces, Miles? —preguntó Karami.

Unos ojos turbios lo miraron a través de los cristales de unos anteojos sin armazón.

—Ayer tuve una reunión con mis socios, Jemel.

—¿Y qué pasó?

—Estamos de acuerdo con sus proposiciones, pero sólo en principio. —Hizo una pausa.— Pero para ser completamente franco, todavía existen ciertas dudas, inclusive cierta renuencia, en someternos a las condiciones que usted exige.

—¿Realmente? —La cara bronceada de Jemel tenía una expresión suave.— ¿Alguna razón en especial?

—A decir la verdad, son varias. En primer lugar, los balances financieros...

—Son inatacables —Jemel completó la frase sin perder un segundo—. El SEC¹ o cualquier otro puede examinarlos con un microscopio.

Palmer hizo una mueca.

—Pero mis socios y yo sabemos...

—¿Y a quién le interesa lo que ustedes saben? Desmenuzan los cincuenta millones en partes lo suficientemente pequeñas como para que los absorban entre sus numerosos directorios. —Karami dejó su taza vacía sobre la bandeja.— Cuando ustedes vinieron a verme, yo les dije que estaba dispuesto a cargar con la responsabilidad. También les aclaré que necesitaba el dinero con urgencia. Inmediatamente. Para aceite lubricante, si les gusta.

—Ya le dije que en principio estábamos de acuerdo — declaró Palmer—. No obstante, los otros miembros del sindicato me han dejado la decisión final a mí.

Jimmy se hizo el sorprendido.

—¿Eh? ¿Y de qué depende esa decisión, Miles?

—Depende de lo que surja de nuestra conversación de esta mañana, de nuestro inocente canje de informaciones, de que usted me asegure...

—¡Ah, no! ¡Otra vez no! —refunfuñó Jemel.

—Nuestra prudencia no es irrazonable. He estado trabajando en... este... en todo el proyecto durante varios años sin obtener mucho éxito, como usted lo sabe. No hay garantía alguna de que usted pueda lograr más, o inclusive que el proyecto sea realizable.

Jimmy revoleó una de sus largas piernas sobre el brazo del sillón.

—Era realizable en el año cincuenta y ocho, cuando usted hizo su primera intentona —replicó fríamente—. Pero se equivocó, Miles. Prestó oídos a los oráculos de Washington que vaticinaban que el soldadito de plomo no se iba a mover. Lástima que así lo hizo, y antes que pudieran reaccionar, los infantes de marina estaban desembarcando y la situación de ustedes quedó totalmente sin solución.

—Calculé mal. Foster me aseguró...

—Los secretarios de Estado se pasan la vida diciendo mentiras. Ese es su trabajo. De todos modos, olvídense del cincuenta y ocho. Es historia antigua. Su trabajo en el proyecto, como usted lo llama Miles, ha sido una serie de fracasos. Feos fracasos. ¿Recuerda a Enrico Mattei en mil novecientos sesenta y dos y a Emile Bustani en el sesenta y tres?

—Coincidencias. Murieron en accidentes de aviación. —Palmer permanecía tranquilo.

—Por supuesto —asintió Jemel—. Accidentes debidos a mantenimiento defectuoso. Muy común en los países mediterráneos. Desgraciadamente aun cuando trágicos accidentes pueden hacer desaparecer a personas que resulten un obstáculo, los obstáculos a menudo perduran. Usted ya ha aprendido eso, ¿verdad Miles?

No hubo respuesta.

—Podríamos discutir acontecimientos más recientes, también —dijo Jimmy—. El fracaso de junio de mil novecientos sesenta y seis por ejemplo. Recuerde que yo le advertí que los egipcios iban a ser derrotados por los israelíes. Pero usted prefirió hacerle caso al infeliz ese de la CIA. Él le dijo que yo no tenía el entrenamiento y experiencia necesarios para juzgar los potenciales bélicos.

Palmer pestañeó y exclamó:

—¿Cómo supo usted...?

—Usted es un típico norteamericano, Miles. No tienen la menor noción de cómo se suceden realmente las cosas del otro lado del océano. De cualquier océano. ¡Hace años que leo antes que usted los supuestos informes secretos que le mandan desde la zona del Mediterráneo!

Los músculos faciales de Palmer vibraron. Karami rió entre dientes y pinchó más hondo.

—Hace más de diez años que está tratando de robar las concesiones de petróleo, Miles. Pero infaliblemente respal-

dó la facción perdedora o eligió un mal momento para realizar sus jugarretas. —El hombre maduro permanecía silencioso, mirándolo amenazadoramente y Jemel resoplaba.— Usted y su grupo han perdido fortunas. Y finalmente, como último recurso, vinieron a solicitar mi ayuda. Yo accedí, porque tengo la maquinaria y puedo hacerla funcionar. ¡Y resulta que ahora, súbitamente, retroceden!

—Y con bastante razón —argumentó el financista defendiéndose—. Las fortunas que perdimos sirvieron para echar las bases. Usted necesitaría mucho más de cincuenta millones si tuviera que comenzar solo, desde el principio.

Karami se inclinó hacia adelante.

—De acuerdo. Pero entonces no tendría necesidad de compartir ninguna de las concesiones o beneficios con ustedes ni con ninguna otra persona. Lo que no altera el hecho de que necesito los cincuenta para desparramarlos por ahí, para desencadenar la tormenta.

—He comprado tormentas con anterioridad, como usted ha tenido la gentileza de recordármelo —rechinó Palmer—. ¿Y qué fue lo que produjeron?

—Principalmente viento —contestó Jimmy amablemente—.

Fueron fabricadas por sólidos y respetables sujetos de la raza blanca, anglosajona. Oh, son muy eficaces en su propio medio. Pero en el Medio Oriente son niños de pecho a merced de los comerciantes más perspicaces y astutos de todo el mundo. —Rió e hizo una pausa mientras Palmer encendía un cigarro.

—Usted debe conocer el viejo dicho: se necesita ser ladrón para apresar a otro ladrón —agregó Jemel sonriendo—. En el Medio Oriente sustituya la palabra ladrón por la palabra árabe y entonces empezará, justo entonces empezará, a progresar.

—Mis socios y yo compramos también una cuota de árabes, Jemel.

—Ese fue precisamente su error. Solamente un árabe puede comprar a otro árabe con vistas a que su negocio prospere. Y aun así el comprador debe mantener su vista fija en su inversión noche y día.

Palmer exhaló una bocanada de humo.

—¿Quién va a mantener la vista fija en usted, Jemel?

—Ustedes no están haciendo ninguna compra —replicó—. Ustedes solamente suscriben una nueva emisión de acciones de Karamcorp, compañía norteamericana controlada por mí. Punto.

—La premisa básica es sólo cierta a medias. Usted quiere el dinero inmediatamente, meses antes de que podamos disponer de sus papeles. Si usted fracasa en el íterin, perdemos cincuenta millones de dólares, y se nos tira encima cuanta oficina impositiva oficial o estatal existe.

—Siempre existe un riesgo en toda inversión —admitió Jemel alegremente—. ¿O acaso no ha leído usted los manuales para dirección de empresas?

Palmer miró fijamente el extremo de su cigarro.

—Usted sabe muy bien, Miles, que las armas son muy caras, y los *sheiks* disconformes cuestan más aún. Tengo que hacer una oferta en contra de las sumas de las compañías de petróleo.

—Usted compra las armas en sus propias compañías.

—A través, Miles, no *en*. La preposición marca toda la diferencia .

El financista corpulento carraspeó.

—Sugiero que lleguemos a una transacción.

Estaba tanteando, buscando signos de que la posición de Karami era más débil de lo que aparentaba ser.

—Soy todo oídos.

—Le propongo que nuestro sindicato anticipe quince millones ahora y complete el saldo más adelante, cuando la situación sea más clara.

Jemel reprimió una risa despectiva. La proposición era absurda, una táctica evidentemente engañosa. El sindicato de inversionistas de Palmer podía hacerlo a un lado, apoderarse de la nueva emisión de Karamcorp a treinta centavos por dólar y adquirir un importante interés minoritario en la Compañía. Palmer podría entonces formar el directorio de Karamcorp con directores elegidos por él e inclusive transformar la Compañía en otra sociedad, despojándolo a él de su control. Y mientras Karamcorp, igual que el banco y las otras compañías de Jimmy, tenía generalmente cierta escasez de dinero efectivo, la sociedad tendría unos doscientos millones de dólares en activos eventualmente realizables.

Jimmy estudió a Palmer y pensó: el viejo sinvergüenza debe estar volviéndose senil si no puede inventar un truco mejor que ése.

—La respuesta es no, Miles —le dijo.

—¡Sea realista, hombre! —exclamó Palmer, un poco demasiado rápido y forzosamente—. Con las acciones que usted tiene, en cualquier momento puede conseguir una financiación a corto plazo para permanecer en liquidez. Tendrá la seguridad de que nosotros lo respaldamos y que tenemos los treinta y cinco millones restantes listos para cuando...

—Usted querrá decir siempre y cuando, y siempre que usted y su grupo no estén acechando por la puerta del fondo listos para apoderarse de Karamcorp.

—Lo que usted dice ahora es...

—¡Basta de estupideces, Miles! Acaba de decirme que sus socios le encargaron que tomara la decisión final. Pues

entonces tómelas de una vez.

Ningún signo de debilidad en eso, observó Palmer, pero su carácter y su entrenamiento le exigían hacer una última tentativa.

—Convengamos entonces en la mitad, Jemel, así tenemos lugar para maniobrar hasta que los papeles estén fuera de nuestras manos.

—¡Pamplinas! No estamos discutiendo la posesión de una verdulería. Se trata de las tres cuartas partes del petróleo del Medio Oriente. Estoy pensando en una docena de concesiones, cada una de las cuales representa por lo menos cincuenta millones *por año*, en beneficios netos, libres de impuestos y fácilmente disponibles. Rand Oil, Shelby, Whitehead Mid East...

Miles Palmer dejó de escuchar. Sus ojos se frunció. Parecía estar contemplando una agradabilísima visión sensual, y así era en realidad.

—...Decídase de una vez. ¿Arreglamos el asunto o no?

La pregunta hizo abandonar abruptamente sus ensueños a Miles Palmer. Concentró su atención en Jemel. Se dio cuenta de que sería inútil seguir argumentando. El y sus asociados ya habían acordado que Jemel Karami les ofrecía la última posibilidad de éxito que les quedaba. Karami conocía el Medio Oriente, era una parte y un producto de esa región. Como propietario del *Incombank*, situado en el Líbano, Karami tenía en sus manos el control de una imponente cantidad de medios para lograr los tan ansiados fines.

—No tengo mucha elección, ¿verdad Jemel?

—*Au contraire* —le respondió—. Le estoy ofreciendo la mayor latitud posible de elección, entre dos alternativas diametralmente opuestas. Sí, o no.

La simple frase francesa «*au contraire*», irritó más a Palmer que la indiferente y casi desdeñosa arrogancia de Je-